

# Índice

Introducción .....	9
Primera parte: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? .....	11
1. La personalidad de los profetas y su mensaje liberador: historia de la investigación y su importancia .....	15
1. El interés actual por la identidad y misión de los profetas .....	15
2. A la búsqueda de la identidad y la misión histórica de los profetas bíblicos: jalones de la historia de la investigación del movimiento profético .....	20
3. Criterios para abordar la identidad y la misión histórica de los profetas .....	33
Segunda parte: ¿Cuáles son los aspectos centrales del tema? .....	39
2. Amós y Oseas .....	43
1. Amós .....	44
2. Oseas .....	51
3. Isaías y Miqueas .....	57
1. Isaías, primera etapa .....	58
2. Miqueas .....	62
3. Isaías, segunda etapa .....	67

4. Los profetas del Señor, Nahum, Habacuc, Sofonías .....	73
1. Los profetas del Señor .....	74
2. Nahum .....	78
3. Habacuc .....	81
4. Sofonías .....	85
5. Jeremías y Abdías .....	89
1. Jeremías, primera etapa .....	90
2. Abdías .....	104
3. Jeremías, segunda etapa .....	105
6. Ezequiel y el Profeta del Consuelo .....	107
1. Ezequiel .....	107
2. El Profeta del Consuelo .....	117
7. Ageo, Zacarías, Malaquías, Joel, Jonás y el Tercer Isaías .....	125
1. Ageo .....	127
2. Zacarías .....	129
3. Malaquías .....	133
4. Joel .....	138
5. Jonás .....	140
6. Tercer Isaías .....	143
8. Daniel, Baruc, Carta de Jeremías .....	147
1. Daniel .....	149
– Narraciones .....	150
– Visiones .....	152
– Relatos burlescos .....	154
2. Baruc y la Carta de Jeremías .....	156
Tercera parte: Cuestiones abiertas en el debate actual .....	159
9. La militancia política de los primeros profetas: h. 922-786 a.C. ....	163
1. Ajjás de Siló, primera etapa .....	163
2. Semaías .....	166
3. Ajjás de Siló, segunda etapa .....	167
4. Jehú .....	167
5. Los falsos profetas .....	168
6. Elías .....	170

7. Eliseo .....	175
10. La hondura de la metáfora: el matrimonio de Oseas y Gómer .....	185
1. La historia de Oseas y Gómer .....	186
2. La vertiente simbólica de la historia .....	190
11. El papel silenciado de las profetisas: María, Débora, Juldá, la Profetisa y Noadía .....	193
1. María, hermana de Moisés .....	193
2. Débora .....	202
– Sección narrativa: Jue 4 .....	205
– Cántico de Débora y Barac: Jue 5 .....	212
3. Juldá .....	217
4. La Profetisa, esposa de Isaías .....	226
5. Noadía .....	232
Cuarta parte: Para profundizar .....	241
12. Relevancia actual de los profetas bíblicos .....	243
1. La historia humana, escenario del mensaje profético .....	243
2. La pluralidad del compromiso profético .....	248
13. Bibliografía comentada sobre el profetismo .....	253

# Introducción

---

El estudio del fenómeno de la profecía constituye un centro de interés privilegiado en el campo de los estudios bíblicos. Las razones son diversas, pero señalamos las dos motivaciones principales.

Por una parte, la arqueología y el estudio de la literatura del Próximo Oriente antiguo han sacado a la luz muchos documentos que pueden compararse, en buena medida, con el contenido literario y teológico de los libros proféticos que compila la Escritura. De ese modo, el fenómeno profético traspasa las fronteras de Israel para insertarse en el seno, amplio y sugerente, de la cultura oriental.

Por otra, el hombre y la mujer que quieran conservar el espíritu crítico y deseen adoptar una actitud militante en el seno de la sociedad contemporánea, podrán encontrar en la personalidad y en el mensaje de los profetas el buen ejemplo de un planteamiento solidario y comprometido con la justicia.

Ambas cuestiones, el planteamiento académico y la motivación ética, justifican la presentación de esta obra sobre los profetas. Como el resto de volúmenes que conforman la colección «Qué se sabe de...», el libro se divide en cuatro apartados.

La primera parte, «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?», plantea, desde una perspectiva académica, la naturaleza del profetismo; reseña la historia de la investigación sobre el fenómeno profético, a la vez que establece los parámetros, literarios e históricos, con que podemos adentrarnos en la identidad y la misión de los profetas.

El segundo apartado, «¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?», ahonda en la identidad de los profetas que dan nombre a los libros bíblicos: Isaías, Jeremías, Ezequiel, etc. La intención del estudio radica en la decisión de presentar a los profetas en el marco de las coordenadas históricas y sociales en que desarrollaron su ministerio. Deseamos que el lector capte el calado social de la misión de los profetas, a la vez que pueda intuir las adversidades que soportaron y los desafíos que afrontaron.

La tercera sección, «Cuestiones abiertas en el debate actual», afronta algunos temas que actualmente requieren la atención de los eruditos. El estudio se detiene en tres: la militancia política de los primeros profetas, la dimensión simbólica del lenguaje profético, y la importancia, oculta y eficaz, de las profetisas.

La cuarta parte, «Para profundizar», aborda la relevancia actual del mensaje profético. A grandes pinceladas, sugiere la validez del carisma profético en el seno de la sociedad actual, agitada y abierta a la esperanza. A modo de colofón, el apartado presenta un elenco bibliográfico para que el lector interesado pueda profundizar en el mundo, atrayente y desafiante, del profetismo.

Esperamos que el libro ayude al lector a comprender los grandes trazos del profetismo, y deseamos que aliente su vida hacia el compromiso decidido por la humanidad justa y solidaria.

*Francesc Ramis Darder*

# La personalidad de los profetas y su mensaje liberador: historia de la investigación y su importancia

## CAPÍTULO 1

---

### **1. El interés actual por la identidad y la misión de los profetas**

**C**uando abrimos las páginas de los periódicos, constatamos como les acontecimientos políticos, los procesos sociales y los azares de la naturaleza sacuden nuestra conciencia.

Las inquietantes imágenes del terremoto de Haití laceraron la conciencia de muchas personas. Como pudimos constatar, las organizaciones internacionales, la Iglesia, algunos gobiernos y numerosas asociaciones se afanaron por atemperar las consecuencias de la catástrofe. La televisión recogió el testimonio de médicos, bomberos, ingenieros y un sinnfín de voluntarios que acudieron a la isla caribeña para socorrer a la población necesitada.

Junto al eco de las desgracias que enlutan el mundo, también escuchamos noticias que endulzan el acíbar que tantas veces agrieta nuestra alma: los acuerdos de paz que parecen lograrse en algunas regiones del mundo, los avances científicos que tienden a alargar la esperanza de vida del ser humano, la instauración de la democracia

en algunos países o la desaparición de la pena de muerte en varias naciones.

Ahora bien, las conquistas sociales no llegan solas. Bajo un avance médico, palpita la identidad de un equipo que ha comprometido la vida en la investigación, siempre incierta en cuanto a resultados tangibles. A menudo, la implantación de la democracia nace de la opción política de ciudadanos anónimos y de algunos personajes relevantes que comprometen su vida en el proceso democrático, muchas veces desde la clandestinidad y sufriendo la prueba del presidio.

Desde lo más profundo de cada conquista social o desde las entretejas de la lucha por la justicia y la solidaridad, emerge el rostro de alguna persona o de alguna comunidad que auspicia el desarrollo humano de la sociedad.

Casi al azar, fijémonos en un ejemplo concreto: Jody Williams, la activista por la paz que logró la prohibición del uso de las minas antipersona. Como sabemos, la guerra siempre es una tragedia, pero el uso de las minas antipersona ensombrece la mirada del herido, a menudo inocente, con la imagen más cruel de la violencia. A modo de contrapartida, la huella lacerante de las minas satisface las exigencias de la estrategia militar: quien sufre la explosión queda inhabilitado para el combate, la invalidez sirve de escarmiento a quienes pretendieran rebelarse, y, por si fuera poco, la sociedad se ve obligada a la asistencia del lisiado con lo que merman los recursos que podrían destinarse a otros fines.

La fiereza de las minas antipersona desdibuja para siempre el cuerpo del herido. Acabada la contienda y celebrados los acuerdos de paz, cada mutilado continúa llevando sobre sus hombros las cicatrices de la explosión y quienes contemplan su rostro no pueden dejar de recordar los tristes sucesos que empañaron sus vidas.

A pesar de que la Historia parezca sentenciar la pervivencia de la guerra, Jody Williams, como tantos otros, creyó que la existencia humana podía discurrir por la senda de la armonía. Aunque la lucha por la paz nazca siempre del afán por la justicia, las trincheras donde se libra la batalla son numerosas: la no violencia, el comercio justo, el foro mundial por la paz, etc. No obstante, Jody Williams eligió una senda específica: el tesón por conseguir la eliminación de las minas antipersona.

¿Cómo lo consiguió? Aunque no delineemos su biografía, esbozaremos las características de su militancia por la paz. Supo ofrecer a la sociedad un «proyecto» capaz de atemperar los desastres de la guerra: la eliminación de las minas antipersona. Muchos habían reclamado, con tesón y acierto, el fin de la violencia y el ocaso de la guerra, pero nadie había puesto el acento en una cuestión tan concreta; evidentemente, la prohibición de las minas no borra de un plumazo los desmanes de la guerra, pero constituye un paso significativo hacia la concordia universal.

Jody Williams apareció ante las instancias internacionales como una mujer «conocedora» de la realidad mundial y «acreditada» moralmente para exigir la inutilización de las minas; su probada militancia en el movimiento pacifista la convirtió en una activista atenta al desarrollo de la situación social y comprometida en la lucha por la justicia. Ahora bien, la actitud de Jody Williams no se agota en la supresión de las minas. Ella aboga, como tantos colegas, por ofrecer a la sociedad una «forma de vida» capaz de borrar del corazón humano el recuerdo de la guerra: la sociedad basada sobre la solidaridad y la justicia, pilares de la paz auténtica.

No cabe duda de que las entrañas de Jody Williams se conmovían ante las imágenes televisivas de tantos mutilados, pero su vida no se agotó en la congoja de los sentimientos, decidió entretelar su exis-



tencia en el proyecto pacifista. Jody Williams es la mujer que «conoce» la realidad humana y que está «acreditada» éticamente para ofrecer un «proyecto» capaz de vertebrar la «forma de vida» que desembocará en la eclosión de la paz y la justicia entre los pueblos. La credibilidad de Jody Williams ha arrastrado a muchas personas a implicarse en el empeño pacifista que ofrece a la sociedad una forma de vida que apunta hacia el horizonte de la justicia y la solidaridad.

Junto al testimonio de Jody Williams, podríamos reseñar la tarea de tantos voluntarios que paliaron el desastre de Haití, o la labor de las organizaciones que pelean contra la pobreza, o la decisión de las mujeres que batallan por la dignidad femenina en tantas regiones. Aunque procedan de horizontes ideológicos distintos, todos persiguen un objetivo común: la edificación de un mundo más humano para todos. Si nos atuviéramos al lenguaje bíblico, tendríamos que encasillar a estos personajes en la categoría de los «profetas».

¿Con que trazos dibuja la Escritura la identidad y la misión de los profetas? Aunque la Biblia no delinee la biografía de cada profeta, podemos esbozar las pautas que determinan la hondura de su tarea. El profeta es el hombre o la mujer que «conoce» el entramado social de su época y que goza, entre la minoría que le sustenta, de «credibilidad» moral para ofrecer un «proyecto» capaz de instaurar en el conjunto social una «forma de vida» que propicie un mundo justo y solidario, un mundo más humano.

Acerquémonos, a modo de ejemplo, a la figura del profeta Oded, un personaje entrañable que vivió en Israel a mediados del siglo VIII a.C.

Como era frecuente, Israel y Judá se enzarzaron en una contienda cruel. Tras una batalla sangrienta, los israelitas apresaron a doscientos

tos mil judaítas con la intención de convertirlos en esclavos. Mientras los llevaban a Samaría, salió a su encuentro Oded, el profeta veraz, diciendo a los vencedores: «devolved a los prisioneros». Algunos jefes, impresionados por la invectiva, dijeron a los soldados: «no encerréis a los prisioneros en Samaría».

Cuando los soldados soltaron a los cautivos, un grupo de hombres, designados expresamente para ello, se hicieron cargo de los cautivos y con la ropa y el calzado del botín de guerra vistieron a los desnudos y calzaron a los descalzos; les dieron a todos comida y bebida, les curaron las heridas con aceite y, montando en asnos a todos los desfallecidos, los llevaron a Jericó, la ciudad de las palmeras, junto a sus hermanos judaítas (2 Cr 28,5-15).

Como es evidente, Oded «conoce» la situación social y política, está enterado de la batalla y sabe del amargo destino que aguarda a los vencidos. Ahora bien, Oded goza de «credibilidad» entre sus convecinos, pues la Escritura le denomina «profeta del Señor», expresión que certifica su solvencia moral. El conocimiento de la realidad y la credibilidad ética facultan a Oded para proponer a los vencedores un «proyecto» inaudito en la estrategia militar: la misericordia con los cautivos y su inmediata liberación. No obstante, cabe pensar que el horizonte de Oded no se agotara en la redención de los presos de una sola batalla. Sin duda, su corazón suspiraba por el día feliz en que las naciones enfrentadas, Israel y Judá, asumiesen una «forma de vida» capaz de sembrar en la región la paz y la prosperidad.

Aunque distantes en el tiempo, las opciones de Jody Williams y de Oded presentan concomitancias innegables. Desde las características concretas de su época, los dos apuntan al mismo horizonte: el alba de un mundo armónico, justo y solidario.

La analogía entre ambos personajes suscita el interés por conocer la identidad y la misión de los profetas bíblicos en las coordenadas históricas en que desarrollaron su tarea. A tenor del testimonio del profeta del Señor y de la militante pacifista, la misión profética no se circunscribe a la actividad de quienes llenan tantas páginas del Antiguo Testamento. El profetismo palpita y palpitará entre las luces y sombras de la historia hasta que la humanidad vea despuntar el alba de los cielos nuevos y la tierra nueva, metáfora del gozo de la sociedad henchida de humanidad y solidaridad.

El estudio del profetismo en general y del profetismo bíblico en particular puede constituir el acicate que encauce la militancia de los hombres y mujeres de nuestro tiempo hacia la construcción de un mundo mejor.

## **2. A la búsqueda de la identidad y la misión histórica de los profetas bíblicos: jalones de la historia de la investigación del movimiento profético**

Cada uno de los libros proféticos describe, con mayor o menor extensión, la identidad de un personaje que comprometió su vida entre los avatares históricos que conformaron la sociedad de su época. El extenso libro de Isaías enfatiza, entre otros temas, el compromiso del profeta con los avatares que trenzaron los reinados de Ozías, Jorán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá (781-687 a.C.). El libro de Abdías refiere en un solo capítulo la visión del profeta sobre la ruina del país de Edom, a la vez que ensalza el alba del nuevo Israel, triunfante sobre las insidias de los enemigos.

Cuando ahondamos entre las páginas de cada libro profético apreciamos la identidad de un personaje que «conocía» la realidad social de su tiempo y que, dotado de «credibilidad» entre sus contemporáneos, ofrecía a la sociedad de su época el «proyecto» capaz de hilvanar la «forma de vida» que instaurara la paz y la justicia. Ahora bien, esta forma de adentrarse en el contenido de los libros proféticos es muy importante, pero, evidentemente, no es la única posible.

A lo largo de la historia han aflorado diferentes estilos con que imbuirse en el estudio de la profecía. Sin embargo, dos métodos han alcanzado la mayor fortuna. El primero apuesta por descubrir el calado de la actuación de los profetas en la coyuntura histórica de su tiempo; el método analiza, sobre todo, el combate profético en pos de la justicia o de la armonía social. El segundo método contempla cómo la conducta de los profetas del Antiguo Testamento ha prefigurado el compromiso de Jesús y los apóstoles a lo largo del Nuevo Testamento; de ese modo y a guisa de ejemplo, discierne entre los versos de la profecía de Miqueas el anuncio del nacimiento de Jesús en Belén.

Aunque ambos métodos son esenciales para el estudio de la profecía, durante mucho tiempo ganó la partida la tendencia a entender que la función determinante de los profetas estribaba en prefigurar el advenimiento de Cristo y la eclosión de la Iglesia. Detengámonos en dos ejemplos, tomados de la profecía de Zacarías y Joel, para ilustrar el planteamiento que acabamos de mentar.

La profecía de Zacarías proclama: «¡Salta de alegría, lanza gritos de júbilo, Jerusalén, porque se acerca tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en un joven borriquillo!» (Zac 9,9). Cuando el evangelista Mateo redactaba los capítulos de la pasión, recordó que Jesús había entrado en Jerusalén a lomos de un pollino, así escribió: «Los discípulos [...] trajeron la borrica y el pollino; pusie-

ron sobre ellos los mantos, y él (Jesús) montó encima»; de ese modo, sentado sobre un borrico, certifica Mateo, Jesús entró en la Ciudad Santa (Mt 21,6).

A tenor del planteamiento teológico, Mateo intuyó que la entrada de Jesús en Jerusalén a lomos de un pollino no era casual, constituía el cumplimiento de la profecía de Zacarías. De esta manera, escribió: «Esto sucedió para que se cumpliera lo que dice el profeta: “se acerca tu rey, humilde y sentado en un asno, en un pollino, cría de un animal de carga”» (Mt 21,4-5). Desde esta perspectiva, la entrada de Jesús en Jerusalén, sentado sobre un pollino, constituye, según el evangelio de Mateo, el cumplimiento de las palabras de Zacarías, pues el rey anunciado por la profecía de Zacarías, elegido para liberar Jerusalén, prefiguraba el advenimiento de Jesús, el rey definitivo, destinado a salvar Sión y el mundo entero.

La profecía de Joel señala los acontecimientos que advendrán en los últimos días: «Yo [Dios] derramaré mi espíritu sobre todo hombre. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán [...] todo el que invoque el nombre del Señor se salvará» (Jl 3,1-5). Cuando el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles tuvo que explicar el significado teológico del prodigio de Pentecostés, escribió: «Lo que ocurre es que se ha cumplido lo que dijo el profeta Joel: “en los últimos días, dice Dios, derramaré mi espíritu sobre todo hombre [...] y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará”» (Hch 2,16-21). De ese modo, a tenor de la óptica del autor del libro de los Hechos, el clamor de Joel prefigura el nacimiento de la Iglesia entre las lenguas de fuego de Pentecostés.

Desde la perspectiva que acabamos de citar, la voz de Zacarías y el clamor de Joel preludiaban los avatares del ministerio de Jesús y la misión de la Iglesia, tal como los describe el Nuevo Testamento. No obstante, y por importante que sea, esta percepción de la profecía

no ha sido la única, pues la perspectiva cristiana también ha profundizado en la identidad de los profetas y en el calado del mensaje que proclamaron en la sociedad de su tiempo. Ahora bien, la primera forma, el Antiguo Testamento que prefigura el Nuevo Testamento, prevaleció hasta bien entrada la edad moderna, desde entonces ha ido ganando terreno la segunda, el estudio de la personalidad y la tarea de cada profeta en las coordenadas de su tiempo.

¿A qué se debe el cambio de perspectiva? Sin duda, a partir de la irrupción de la modernidad, la cultura ensalzó sobremanera el valor de la persona humana, concedió enorme relevancia a los estudios históricos y favoreció el mejor conocimiento de las dinámicas sociales. Todo eso impulsó el estudio de los libros proféticos por el cauce de los derroteros históricos en que vivió cada uno de sus protagonistas. Sin dejar de analizar la manera en que Zacarías y Joel preludiaban el advenimiento de Cristo y de la Iglesia, comenzó a investigarse el modo en que ambos profetas comprometieron su vida en la construcción de la sociedad israelita, justa y solidaria.

Muchos estudiosos calibraron, desde la información que aporta la Escritura, la actividad de los profetas. De esa manera, quedó patente la fiereza con que fustigaban la conducta perversa de la nación hebrea: la injusticia (Miq 2,1-5), la idolatría (Is 1,29-31), la corrupción religiosa (Jr 7,1-15) o el desgobierno de la nación (Am 2,6-16).

Los investigadores también apreciaron el papel insigne de los profetas en los avatares políticos y religiosos de su época; a modo de ejemplo, subrayaron la relevancia de Jeremías en la corte de Jerusalén (Jr 21,1-10), en el templo de Sión (Jr 7,1-8,9) o hacia los deportados en Babilonia (Jr 27,1-22). Igualmente, apreciaron los momentos esenciales que jalonan la vida de los profetas: la vocación (Is 6,1-13), el dolor de la persecución (Jr 26,1-24), el contenido de la predicación (Jl 1,2-12) o la esperanza de un futuro mejor (Am 9,11-15).

Los estudiosos comenzaron a esbozar lo que podríamos llamar la «biografía» de los profetas bíblicos; intentaban delinear la identidad del profeta y la hondura de su misión. La precisión del estudio requería cada vez más el conocimiento de la estructura económica, política y religiosa que sostenía el entramado social israelita. De modo análogo, exigía el conocimiento de la situación social de las grandes potencias y de los pequeños estados que rodeaban los reinos de Israel y Judá: Egipto, Mesopotamia, Moab, Amón, Filisteia, etc. Aunque la Biblia aporta información sobre la estructura social de la antigüedad, no parecía suficiente para enmarcar la tarea de los profetas; así pues, adquirió enorme relevancia el conocimiento de la Historia antigua y de las aportaciones específicas de la Arqueología.

El conocimiento de la historia y de la estructura social del mundo antiguo permitió afinar el calado de la misión de los profetas, pero también aportó elementos decisivos para el conocimiento de la profecía. Durante mucho tiempo, los estudiosos pensaban que la «profecía» era una institución exclusiva de la comunidad israelita; al decir de los primeros estudiosos, las otras culturas podían tener «adivinos» o «magos», pero solo en Israel nacían los profetas. Dos hallazgos arqueológicos, entre otros, cambiaron de raíz el planteamiento clásico: el descubrimiento del «Cilindro de Ciro» y la «Estela de Zakir».

Hormuzd Rassam (1826-1910) descubrió, en la biblioteca de Asurbanipal en Nínive, un cilindro en el que estaba escrito un Decreto de Ciro II, rey de Persia (557-529 a.C.); el llamado «Cilindro de Ciro» que se conserva en el Museo Británico. El cilindro señala que Marduk, dios soberano de la asamblea divina, escuchó el clamor del pueblo babilónico, hastiado de la política opresiva de Nabónido, emperador caldeo. Marduk, atento al clamor popular, decidió sentar un nuevo rey en el trono babilónico.

Como señala el Cilindro, Marduk «escogió a Ciro, rey de Anshan, y lo ungió como soberano de toda la tierra [...] le ordenó marchar contra Babilonia [...] que conquistó sin una sola batalla». El Cilindro fue redactado por los sacerdotes de Marduk, unos años después de la conquista de Babilonia (539 a.C.), para magnificar la personalidad de Ciro. Ahora bien, debemos fijarnos en un detalle esencial: los sacerdotes percibieron en la persona de Ciro al elegido de Marduk para devolver la libertad a los babilonios, ninguneados por Nabónido.

Volvamos la mirada, por un instante, a la profecía de Isaías. Como sabemos, los hebreos sufrieron el exilio de Babilonia (597-538 a.C.), pero, durante los últimos años del destierro padecieron, junto al pueblo caldeo, la tiranía de Nabónido. En analogía con el Cilindro de Ciro, la profecía de Isaías relata como Yahvé, atento al luto de la asamblea deportada, suscitó a Ciro y le concedió el triunfo (Is 41,1-5.25). La victoria del monarca, a quien la profecía denomina «Mesías» (Is 45,1), determinó la caída de Babilonia y propició el retorno a Sión de los hebreos exiliados (Esd 1,1-4).

A pesar de las diferencias entre ambos escritos, los investigadores apreciaron la analogía entre el mensaje del Cilindro de Ciro y la profecía de Isaías. Los sacerdotes babilónicos intuyeron bajo el auge de Ciro la intervención salvadora de Marduk a favor de la nación babilónica, mientras la profecía de Isaías discierne bajo la irrupción de Ciro la intervención decisiva de Yahvé para liberar a la comunidad desterrada. La conclusión investigativa no podía ser más clara, el talante profético se extendía más allá de las fronteras de Israel, pues el cariz que presenta la profecía de Isaías también figura, en buena medida, en el Cilindro de Ciro; ambos textos asignaban la ascensión de Ciro al designio divino, Yahvé o Marduk.



H. Pognon encontró en Afis, a cuarenta kilómetros de Alepo, la estela de Zakir (1908). La estela expone como el rey Zakir, amenazado por una coalición de siete reyes vecinos (h. 805 a.C.), invocó por medio de sus videntes el auxilio de su Dios «Baal-Samaim». Como enfatiza la estela, Dios escuchó la súplica del rey; así lo atestigua el monarca, entre las líneas de la estela: «Elevé mis manos a Baal-Samaim, y Baal-Samaim me escuchó. Me habló a través de videntes y adivinos y me dijo: “No temas; yo te hice rey y estaré junto a ti para librarte de todos estos reyes que te asedian”».

El contenido de la estela recuerda el mensaje de algunos oráculos proféticos. Cuando los jefes de Judá intentaban huir a Egipto, espolcados por el acoso babilónico, suplicaron a Jeremías que consultara al Señor sobre la viabilidad del viaje. Tras implorar el auxilio divino, respondió Jeremías, en nombre de Dios; «No temáis al rey de Babilonia, que tanto os asusta: no temáis nada de él –oráculo de Yahvé– que con vosotros estoy yo [Dios] para salvaros y libraros de su mano» (Jr 42,11). También podemos mencionar, entre los versos de Isaías, el consuelo que Dios ofrece a su pueblo: «No temas, que contigo estoy yo; no receles, que yo soy tu Dios» (Is 41,10).

Sin duda, las analogías entre la estela de Zakir, la exhortación de Jeremías y el texto isaiano son palmarias; de nuevo, los estudiosos constataban como el modelo de los profetas bíblicos también afloraba, con ciertos matices, en otras culturas orientales.

Alentada por la ampliación del horizonte profético, la investigación bíblica ahondó en la identidad y la tarea de los diversos personajes que articulaban la comunicación entre Dios y los hombres. Los estudiosos rastrearon la función y la naturaleza de los mediadores de la revelación que presenta la Escritura: el ángel del Señor (Gn 16,7-12), el sacerdote (Jue 18,5-6), los videntes (2 Sm 15,27), los visionarios (1 Cr 25,5) y los hombres de Dios (1 Re 20,28).

No obstante, cuando situaron estas figuras en sus coordenadas históricas y compararon su actividad con el ministerio de los personajes que dan nombre a los libros proféticos (Isaías, Ezequiel, etc.), los estudiosos apreciaron una evolución en el contenido y la función de la profecía. Evidentemente, no tenía el mismo calado la respuesta del joven levita sobre la oportunidad de un viaje (Jue 18,5-6) que la invectiva de Jeremías contra los desmanes del rey Jeconías (Jr 22,20-30).

En definitiva, los eruditos precisaron, por una parte, que la coyuntura social y el entramado histórico determinaban el contenido del mensaje profético y, por otra, establecieron que la profecía bíblica experimentaba una evolución, tanto en sus temas como en la identidad de sus protagonistas. Además, discernieron que el contenido de la profecía aparecía entrelazado con las corrientes de pensamiento que palpitaban en la sociedad israelita: la reflexión sapiencial, el lenguaje forense o la solemnidad cultural, entre otros.

La investigación también sondeó la personalidad y la tarea de los mediadores religiosos más populares en el ámbito de las culturas orientales: Egipto, Mesopotamia, Ugarit, Ebla, Mari, etc. Los estudiosos analizaron el significado de los fenómenos adivinatorios (astrología, aeromancia, ornitomancia, oniromancia, etc.), el sentido de la magia y el valor de los oráculos antiguos (Pitia, Apolo, Delfos). Ahondaron también en la personalidad de sus protagonistas: pitonisas, magos, astrólogos, entre un sinnúmero de personajes. Conviene precisar que la investigación también determinó que la cultura israelita antigua compartía, en buena medida, los planteamientos adivinatorios de la tradición oriental: belomancia, «lanzamiento de flechas» (2 Re 13,14-19), cleronomancia, «echar suertes» (Jos 7,17-18), etc.

No obstante y a pesar de algunas coincidencias, la investigación, atenta a la evolución del contenido del mensaje profético, precisó el abismo que mediaba entre la tarea de los personajes que dan nombre a los libros proféticos (Joel, Malaquías, etc.), y la labor de los augures populares, ya fueran israelitas o de otras culturas orientales.

Al decir de los estudiosos, mientras los adivinos se conformaban con desvelar enigmas, los profetas comprometían la vida en la construcción de la sociedad solidaria; cuando los sabios babilónicos escudriñaban el secreto de las estrellas (Is 43,7), los profetas alentaban la liberación de los israelitas deportados (Is 48,20-22). Al tiempo que los hechiceros ofrecían al ser humano la falsa seguridad que anhelaba, los profetas asumían el compromiso de orientar el rumbo de la historia hacia el puerto de la justicia; así, mientras los israelitas, desencaminados por el clero mendaz, se agarran a la falsa seguridad de los rituales pomposos (Jr 7,10), Jeremías se convertía en vocero de la justicia, ante el pueblo adormilado por el incienso de los falsos augures (Jr 1,4-19).

A pesar de las confrontaciones que acabamos de citar, la tradición bíblica también presenta, como hemos mencionado, analogías con el proceder de los augures populares (Jos 7,17-18: suertes; 2 Re 13,14-18: flechas). Desde esta perspectiva, los estudiosos analizaron la evolución histórica del profetismo hebreo, desde que nació entre los parámetros propios de las culturas orientales hasta que alcanzó las cotas características de la religiosidad israelita.

Como sugirió la investigación, al clarear de la historia, los hebreos compartían la mentalidad oriental por cuanto concierne a la presencia de hechiceros, magos y adivinos. No obstante, cuando comenzaron a redactarse los textos bíblicos, la Escritura tendió a encasillar en el marco de la idolatría a los personajes relacionados con el mundo circundante (hechiceros, magos), y otorgó toda la relevancia a

los mediadores que antes hemos señalado: ángel, sacerdote, vidente, visionario y hombre de Dios.

A medida que los libros bíblicos brotaban de la pluma de sus autores, la tradición hebrea, como percibieron los investigadores, tendió a precisar la diferencia entre el calado teológico de las figuras mencionadas (ángel, sacerdote, vidente, visionario, hombre de Dios) y la personalidad de los personajes que dan nombre a los libros proféticos (Isaías, Amós, etc.). No podemos obviar, al decir de la investigación, que la evolución del pensamiento oriental adoptó, en cierta medida, una trayectoria análoga a la del profetismo hebreo. Así, hemos constatado que la mentalidad oriental determinó que los sacerdotes de Marduk grabaran el «Cilindro de Ciro» y los videntes de Afis plasmaran la «Estela de Zakir»; textos tan próximos al profetismo bíblico.

Ciñéndose a la profecía bíblica, la investigación comenzó a preguntarse la razón por la que la tradición hebrea redactó los libros que llevan el nombre de un profeta (Isaías, Miqueas, etc.). Al principio, los estudiosos creían que era el mismo profeta el autor del libro que llevaba su nombre. Sin embargo, los estudios literarios y la aproximación histórica determinaron que mediaba un lapso de tiempo importante entre la predicación del profeta y el momento en que apareció el libro que lleva su nombre.

Sin duda, el mensaje de los profetas pervivió en la memoria del pueblo, pero fueron las comunidades reunidas entorno a cada profeta las que mantuvieron y desarrollaron el mensaje de su maestro. A modo de ejemplo, volvamos de nuevo a la profecía de Isaías.

El profeta Isaías predicó en Judá durante el siglo VIII a.C., donde un grupo de discípulos conservó el mensaje del maestro. Cuando los hebreos sufrieron la deportación en Babilonia (597-539 a.C.), los herederos de la memoria de Isaías aplicaron el mensaje de su mentor

a la situación del exilio, con lo que acrecieron el contenido de la predicación del profeta del siglo VIII a.C.

Al pisar de nuevo los umbrales de Sión (539-522 a.C.), los custodios de la profecía isaiana aplicaron el contenido profético al nuevo entramado social, con lo que ahondaron en el calado del mensaje profético. En definitiva, los sucesores de los primeros discípulos desarrollaban el contenido de la profecía a medida que afrontaban las nuevas situaciones que les deparaba la historia, hasta que a mediados del siglo III a.C. el libro de Isaías adquirió la forma en que figura en la Biblia.

La investigación continúa esforzándose por entrever el proceso teológico y literario que cristalizó en la redacción de los libros proféticos. No obstante, la pregunta decisiva radica en descubrir la razón que impulsó a los sabios hebreos a componer los libros proféticos. ¿Por qué razón los custodios de la profecía isaiana decidieron redactar el libro de Isaías? Los estudiosos no se conforman apelando a una intención nostálgica, como si el interés radicara en conservar el cuerpo literario que, anclado en el testimonio de Isaías, hubiera ido conformándose a lo largo de la historia. Los motivos apuntan a un horizonte más elevado.

El ecuador del siglo IV a.C. fue un tiempo de zozobra para la sociedad israelita, tanto en el aspecto social como en la vertiente religiosa. Adoptando una perspectiva pedagógica, diríamos que los guardianes de la profecía isaiana, caudalosa y profunda, decidieron componer una obra donde plasmar tanto el mensaje del profeta como las sucesivas interpretaciones que había tenido su predicación. Su interés estribaba en ofrecer a la sociedad israelita un modelo de comportamiento ético y un ejemplo de militancia política. En definitiva, presentaron la personalidad y la predicación de Isaías como pauta de conducta para la comunidad hebrea, sometida a la adversi-

dad y atezada por las desigualdades sociales que jalaron su historia; así comenzó a tejerse el libro de Isaías que vio la luz definitiva a mediados del siglo III a.C.

Evidentemente, la decisión de componer un libro no se construyó a la comunidad reunida entorno a la memoria de Isaías, se atuvo también al resto de comunidades convocadas al abrigo del recuerdo de otros profetas (Ezequiel, Nahum, etc.).

Los libros proféticos recogen, entre otros temas, el recuerdo de un personaje relevante de la historia israelita como acicate para la coherencia ética y el compromiso social de la comunidad hebrea. ¿Por qué razón? Volvamos una vez más a la figura de Isaías.

Con toda evidencia, el profeta Isaías «conocía» la situación social de su tiempo; a modo de ejemplo, el libro relata la atención con que seguía el desarrollo de los acontecimientos políticos que envolvieron el reinado de Ajaz (Is 7-9). Además, el profeta gozaba de «credibilidad» moral entre sus vecinos; pues, en momentos acuciantes, mantuvo la valentía para fustigar con fiereza la política del rey Ajaz (Is 7,4).

El «conocimiento» de la realidad junto a la «credibilidad» moral determinaba que Isaías tuviera solvencia para «implicarse» de manera efectiva en la realidad social; así, desaconsejó al rey Ajaz la rebelión contra Asiria (Is 7,7-9). Ahora bien, la «implicación» política de Isaías no se agotaba en las relaciones que pudiera mantener con Ajaz; la opción del profeta estribaba en ofrecer, tanto a los dirigentes como al pueblo, un «proyecto de vida» capaz de trenzar la sociedad sobre el telar de la paz y la justicia (Is 9,1-6).

Actualmente, la investigación bíblica entiende que los redactores de los libros proféticos plasmaron, a través del recuerdo de los profetas, diversos modelos éticos para motivar el renacimiento de la comuni-

dad hebrea, tronchada tan a menudo por el desaliento y la contradicción. El profeta revestido por el «conocimiento de la realidad», la «credibilidad» moral, la solvencia para «implicarse» en el entramado social, y decidido a ofrecer un «proyecto de vida» capaz de guiar a la sociedad hacia la meta de la justicia constituye, en verdad, un buen modelo para incentivar la regeneración ética y el compromiso social. En ese sentido, los libros proféticos no constituyen la «biografía» de los diferentes profetas; son escritos que ofrecen al lector un modelo ético y religioso para que pueda comprometer su vida en la regeneración humana de la sociedad.

Con el paso del tiempo, la tradición hebrea denominó «profetas anteriores» (*nebi'im*) a los escritos que conforman al arco literario constituido por los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes. El judaísmo primitivo consideraba que la historiografía formaba parte de la actividad profética. Al decir de Flavio Josefo: «solo los profetas tenían el privilegio de escribir libros de historia, pues la inspiración divina les facultaba para conocer los sucesos más remotos» (*Contra Apión*, 1,37-38). Como sabemos, la tradición cristiana, encuadra estas obras entre los «libros históricos» (Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes). El autor de la Historia Cronista (1 y 2 Cr) menciona tantas veces a los profetas que cabe pensar que compartiera la opinión del redactor del judaísmo primitivo: solo los profetas gozaban del privilegio de escribir libros de historia.

Además de los «profetas anteriores», la tradición hebrea también presenta los «profetas posteriores», reunidos en dos grupos. Profetas mayores: Isaías, Jeremías y Ezequiel. Profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. La tradición cristiana, en general, incluye la figura de Daniel entre los profetas mayores; mientras la tradición específica de las antiguas iglesias orientales, la iglesia ortodoxa y la iglesia católica sitúan el libro de Baruc, transmitido en griego, entre los profetas menores.

La investigación de los fenómenos que envuelven el profetismo puede enfocarse de muchas maneras. No obstante, a lo largo de este libro vamos a ceñirnos al estudio de los «profetas posteriores» y a los personajes más relevantes que aparecen en los «profetas anteriores»; pues, el análisis del profetismo oriental y la descripción de la globalidad de la profecía superan las características de esta obra.

Además, el estudio de los «profetas posteriores» y los más relevantes entre los «posteriores» facilita que podamos adentrarnos por el sendero de la investigación actual, centrada en el análisis de la identidad y la tarea de cada profeta en el contexto social donde vivió. De ese modo, percibiremos como los profetas forman parte de los modelos éticos con que la Escritura fomenta el compromiso del ser humano en la construcción de un mundo mejor.

### **3. Criterios para abordar la identidad y la misión histórica de los profetas**

La decisión de ahondar en la personalidad y en la tarea de los protagonistas de los libros «proféticos posteriores» y de los más insignes entre los «profetas anteriores» topa con varias dificultades.

*Primera.* Desde la vertiente semántica, conviene señalar que la palabra castellana «profeta» procede de la voz griega *profetes* que denota la identidad de la persona que habla en nombre de otra, generalmente una divinidad.

Ahora bien, la raíz hebrea *nabi* que traducimos mediante la palabra «profeta», adquiere distintos significados a lo largo de la Escritura. Incluso algunos personajes relevantes rechazan la adscripción a los grupos proféticos, así Amós desdeñó el calificativo de «profeta»



con que le reconoció el sacerdote Amasías (Am 7,13-14). ¿A qué se debe la ambigüedad del término *nabi* (profeta) y la reticencia que a veces suscitaba? Adoptando un tono pedagógico, diríamos que la Escritura refleja mediante el término hebreo *nabí* (profeta) la identidad de varias agrupaciones sociales distintas. Veámoslas.

El rey estaba rodeado de un grupo de consejeros, llamados *profetas de la Corte*, que le asesoraban en los asuntos de estado. No obstante y al decir de la Escritura, tendían a comunicar al soberano lo que más favorecía los intereses de la corona, sin advertirle de la penuria que tan a menudo padecía el pueblo. Así Jananías, profeta de la corte de Sedecías, ridiculiza las advertencias de Jeremías sobre la inminente ruina de Jerusalén y oculta al monarca la penuria social y política en que se encontraba Judá (Jr 28,1-17).

También descollaban los *profetas culturales*, vinculados a los santuarios, que aconsejaban al alto clero sobre los asuntos referentes a la administración del templo. Como sucedía con los profetas de la corte, con frecuencia tendían a satisfacer las expectativas del clero de alcurnia y desoían los requerimientos de la comunidad más popular. Cuando Amasías respondió furioso a las invectivas de Amós contra la corrupción del santuario de Betel, tapaba los oídos del clero dirigente al eco angustiado del pueblo sumido en la miseria (Am 7,10-17).

Existía, además, un grupo de *personajes relevantes* cuya misión estribaba en encauzar al pueblo por la senda de la justicia o en consolarlo durante la adversidad; entre estas figuras, la Escritura menciona también algunos profetas (Is 3,2). Al decir de la profecía isaiana, estos dirigentes descuidaban a menudo su función y precipitaban la comunidad por el barranco de la idolatría y la sima del desenfreno (Is 28,7-13).

Conocedores de la conducta de los grupos anteriores, algunos personajes que dan nombre a los libros proféticos desdeñan el título

de «profeta» (Amós), otros no lo reciben (Miqueas ben Yimlá), otros lo portan con el mayor orgullo (Ag 1,12), mientras otros lo obtienen de la pluma del redactor del libro que lleva su nombre (Is 1,1; Hab 1,1).

Conscientes de la dificultad semántica, adscribiremos al grupo de los «profetas» las figuras que dan nombre a los libros «proféticos posteriores» y a los personajes más emblemáticos entre los «profetas anteriores»; en definitiva, quienes se caracterizaron por el «conocimiento» de la realidad de su época, su «credibilidad» ética, su «implicación» en los avatares históricos y su empeño en proponer «una forma de vida» que abriera las puertas de la sociedad a la vivencia de la justicia y al gozo de la paz.

*Segunda.* Desde el horizonte literario, conviene apreciar la extensión tan diversa que presentan los libros proféticos: mientras la profecía de Isaías abarca sesenta y seis capítulos, el libro de Abdías se reduce a un solo capítulo de veintiún versículos. Los libros extensos (Isaías, Jeremías, Ezequiel) aportan abundante información para deslindar acontecimientos históricos y vicisitudes sociales que pudieron determinar el calado de la predicación profética, mientras los escritos breves, parcos en detalles, dificultan la comprensión del entramado social donde acontece la misión del profeta.

*Tercera.* El tiempo que media entre la misión del profeta y la redacción definitiva del libro que lleva su nombre es muy largo. Como hemos señalado, el profeta Isaías predicó en el siglo VIII a.C., mientras el libro que lleva su nombre vio la luz definitiva a mediados del siglo III a.C. Si además consideramos el énfasis con que los herederos del profeta fueron adaptando el mensaje de su maestro a las situaciones cambiantes de la historia israelita, cabe pensar que el contenido de la predicación fuera modulándose al compás de los acontecimientos que tejían la historia hebrea.

*Cuarta.* La lectura de los libros proféticos desvela la existencia de varios géneros literarios: narraciones con sabor histórico (Jr 52), visiones (Ez 2,1-10), relatos de vocación (Jr 1,4-19), literatura epistolar (Jr 29), denuncia de la injusticia (Is 3,1-15), oráculos contra las naciones extranjeras (Am 1,1-2,16), relatos alegóricos (Jonás), guiños a la apocalíptica (Is 24-27), entre otros.

Los géneros mencionados responden al paradigma de la literatura oriental antigua. Sin duda, la voluntad de comprender el significado requiere su interpretación, no siempre fácil. Un ejemplo de la dificultad que entraña la interpretación pueden constituirlo la visión del «Carro de Yahvé» que abre el libro de Ezequiel (Ez 1,4-28) o la visión de los «Huesos secos» (Ez 37); bajo la mención del «Carro de Yahvé» palpita la solvencia militante del profeta, y tras la visión de los «Huesos secos» aflora el compromiso del profeta por transformar al pueblo ajado, representado por los huesos secos, en la comunidad solidaria, oculta tras la mención del hombre renacido.

Las dificultades mencionadas cuestionan la posibilidad de conocer la personalidad y el mensaje de los «profetas posteriores» y de los más eminentes entre los «anteriores». Surge, pues, una pregunta: ¿podemos conocer la personalidad «real» y el contenido «preciso» de la predicación de los profetas? Antes de adentrarnos en la cuestión, conviene que diferenciamos dos conceptos relativos al conocimiento de los profetas, y de cualquier personaje de la antigüedad: el conocimiento «real» y el «histórico». Vamos a deslindarlos tomando como ejemplo un personaje ya mencionado: el profeta Isaías.

El conocimiento de la personalidad «real» y el contenido «preciso» de las palabras que pronunció Isaías en su tiempo es imposible, pues nadie puede adentrarse en el intelecto del profeta para discernir cuál fue su pensamiento, ni puede escuchar ya el eco de sus palabras para calibrar el tono de su mensaje.

Eso sucede también con personajes relevantes de la historia contemporánea, ¿quién puede «conocer», clara y distintamente, las ideas «precisas» que resonaban, en todos sus tonos, en el corazón de Jody Williams?, la activista por la paz, ya citada. Los biógrafos pueden acercarnos a la personalidad de un personaje del pasado, pero la visión del biógrafo depende de la perspectiva ideológica con que contempla la realidad; la biografía de Jody Williams no sería la misma salida de la pluma de un fabricante de armas que de un militante pacifista.

Aunque no podamos adentrarnos en la personalidad de Isaías, podemos establecer las coordenadas históricas en que desarrolló su ministerio y algunas peculiaridades de su vida personal. Las fuentes de información disponibles son dos: la Escritura y el conocimiento de la historia del Próximo Oriente antiguo.

La Escritura ofrece algunos datos relevantes de la vida del profeta. El nombre de su padre: Amós. Los lugares donde predicó: Judá y Jerusalén. El período en que desarrolló su ministerio: en el tiempo de Ozías, Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá. Su relevancia social: estaba familiarizado con el culto y conocía el ambiente palaciego. Su prestancia política: consejero de Ajaz y de Ezequías. Retazos de su vida familiar: estaba casado y tenía hijos; entre otros aspectos. La Escritura también relata acontecimientos históricos relevantes que tuvieron lugar en tiempo de Isaías: la intervención Asiria en la guerra entre Israel y Judá, el ataque de Senaquerib contra el territorio judaíta, o la conquista de Asdod, entre otros.

La historia antigua también alude a los acontecimientos históricos que entretejen el libro de Isaías: recuerda el asedio de Jerusalén por los asirios, la angustia de Ezequías, la conquista de Lakis, el asesinato de Senaquerib y la entronización de Asaradón, entre otras cuestiones. La arqueología ayuda a comprender, en cierta medida, la situación de Je-

rusalén durante la época de Isaías; los arqueólogos ha sacado a la luz la muralla que levantó el rey Ezequías y la vía de agua que perfeccionó el mismo rey para abastecer la ciudad, el llamado «túnel de Ezequías».

Relacionando la información histórico-arqueológica con los datos que ofrece la Escritura, podemos establecer la coyuntura social en que Isaías desarrolló su ministerio. Establecido el marco histórico, podemos situar en su contexto el contenido de la predicación del profeta para perfilar, de ese modo, la repercusión que tuvo Isaías en el marco social donde desarrolló su tarea.

En definitiva, el estudio de los profetas en sus coordenadas históricas implica la necesidad de adoptar el criterio de *plausibilidad histórica*; es decir, para calibrar la historicidad del mensaje profético debemos enmarcar el contenido de las narraciones bíblicas en el marco histórico que ofrece la Arqueología y la Historia antigua. Como es evidente, el conocimiento de los avatares históricos determina la intelección del mensaje y la personalidad de los profetas en el contexto social en que desarrollaron su ministerio, siempre fiel a la expectativa humana de paz y justicia.